

LOS GALESES EN LA PATAGONIA: UNA EXPERIENCIA SINGULAR

*Marcelo Gavirati
Nelcis Jones
Fernando Coronato*

Prolegómenos de la colonización galesa en la Patagonia

El espacio patagónico recibió algunos intentos “colonizadores” por parte de España -por ejemplo, la creación de la gobernación de Nueva León; la instalación de fuertes en sus costas, como el de Carmen de Patagones, el Fuerte San José en Península Valdés y el de Floridablanca en San Julián-, y posteriormente por parte de los gobiernos criollos -como la realizada después de la campaña de Rosas de 1833-. Sin embargo, dichos intentos no habían producido el resultado esperado. La imagen construida de la Patagonia por parte de las élites gobernantes en Buenos Aires y de los viajeros del siglo XIX, fue la de un “desierto” desde el punto de vista de la “civilización”.

La mayoría de los mapas y “catecismos” geográficos editados en Buenos Aires en la época anterior a la conquista de los espacios indígena de la Pampa y de la Patagonia realizada por Roca en 1879, no mostraban a esta última como parte de la Confederación Argentina, sino que la mencionaban como su límite austral y se la describía como una entidad independiente.¹ Desde esta óptica, la Argentina terminaba en la línea de fortines establecidos sucesivamente por las campañas de Martín Rodríguez y Juan Manuel de Rosas, que conformaban “la frontera” o la puerta de entrada al “desierto”. Sólo Carmen de Patagones se levantaba como un baluarte de la “civilización” en medio de la barbarie.

La historiografía argentina tradicional se hizo eco, generalmente, de esta visión de la Patagonia como un espacio que había permanecido *vacío* o, en el mejor de los casos, amorfo por largo tiempo. El mejor ejemplo de esta concepción es mucha de la cartografía que aún hoy muestran los manuales de enseñanza secundaria, EGB y Polimodal, y aún algunos atlas con nuevos enfoques historiográficos.²

¹ Ver al respecto el Catecismo de Geografía de D. A. (1856); así como Roberto Hempel (1866) y Benjamín Dávalos (1875). Excepcionalmente, Asa Smith (1873) situaba el límite sur de Argentina en el Océano Atlántico y el Estrecho de Magallanes, y decía que la Patagonia “*es un inmenso territorio perteneciente a la República Argentina, y ocupado por indios salvajes*”, pero el mapa que ilustra la obra de este autor llega sólo hasta la altura de Península Valdés, un poco más al sur del paralelo 42.

² En este último caso, al hablar de las etapas de poblamiento, se omite el intento de Simón de Alcazaba y Sotomayor en la Patagonia central -anterior a la primera fundación de Bs. As-; o, al plantear el tema de los circuitos mercantiles del Virreinato, se corta el mapa poco más al sur de la altura de Buenos Aires, obviando parte importante de la Pampa y la Patagonia, y desconociendo así el intercambio con los indígenas de dichas regiones y la importancia de Carmen de Patagones (Lobato y Suriano, 2000).

Del otro lado del Atlántico, los habitantes del país de Gales atravesaban a mediados del siglo XIX una situación de sometimiento económico, político, cultural y religioso por parte de Inglaterra. Dicha opresión se manifestaba por el avance de los terratenientes ingleses sobre sus propiedades, la no participación de los galeses en los gobiernos locales, la persecución de la iglesia anglicana contra los cultos no conformistas practicados por los galeses, y un sistema educativo que prohibía -y hasta castigaba- el uso del idioma galés entre los niños. Esta situación se vio agravada a partir de la explotación de las minas de carbón de la región, como fuente de energía básica de la revolución industrial.

Según Hobsbawm (1991:104), todos los países multilingües eran conscientes del carácter explosivo del problema lingüístico. Lo que lo hacía más peligroso era que, dadas las circunstancias, todo nacionalismo que todavía no se identificara con un Estado se volvía necesariamente político. Esto se hacía especialmente patente en Gales, donde el problema lingüístico era la defensa de un idioma en declive. Esta defensa de la lengua nacional implicaba también la defensa de las costumbres y tradiciones antiguas frente al avance de la modernidad. Estas cuestiones son las que llevaron a los ideólogos galeses a buscar un lugar en el que fuera posible desarrollar y sostener su idioma y sus tradiciones culturales y religiosas, lejos de la influencia inglesa. Esta clase dirigente buscó canalizar el flujo migratorio, imprimiéndole a la vez un sentido patriótico de liberación y de preservación de valores culturales.

El impulso de este proyecto, a la vez liberador y conservador, apuntaba a la creación de un estado galés, “*Una nueva Gales en Sudamérica*”.³ Es en este marco histórico que se contempla a la Patagonia, entre otros lugares posibles, como el más adecuado, dado que reunía las condiciones indispensables para el logro de sus objetivos: un espacio que podía considerarse técnicamente libre de ocupación por una nación soberana, escasamente poblado y cuyos vecinos inmediatos no hablaban el inglés.

Sin duda la lectura de los informes de las exploraciones de las costas patagónicas llevadas a cabo por el Almirantazgo Británico entre 1826 y 1833, deben haber facilitado la decisión de los organizadores de la colonización acerca de qué tierra solicitar al gobierno argentino:

*"[...] el río [Chubut] y la región circundante [...] ofrecían un hermoso aspecto y deben ser sitio muy adecuado para una colonia. [...] Con este río tan a la mano, el lado occidental de Bahía Nueva sería un paraje excelente para una colonia."*⁴

Por otra parte, el establecimiento de una Colonia ” en el Chubut convenía a

³ Tal fue el subtítulo que Lewis Jones -principal promotor de esta colonización durante sus primeros 30 años- dio a su Historia de la Colonia Galesa escrita en 1898 (1993).

⁴ Ver informe de Fitz Roy al Almirantazgo Británico ([1826-1834] 1933).

los intereses geopolíticos de Buenos Aires de sentar su dominio en el área, sobre todo al acercarse la expiración del Tratado de 1856 que congelaba la situación limítrofe con Chile.⁵

Despojado el proyecto de sus intenciones independentistas, esta conveniencia podría resumirse en lo expresado por Bartolomé Mitre, en 1870, ante el Senado de la Nación:

*"Los galeses eran no sólo la avanzada de la civilización contra las irrupciones de los bárbaros, sino también el núcleo de una gran población que podría resolver pacíficamente una cuestión de límites pendientes".*⁶

Relaciones Colonia-Estado nacional

Los primeros contactos entre los promotores de la colonización galesa y las autoridades argentinas se remontan a 1854, cuando se les ofreció establecerse en Bahía Blanca (Jones [1898] 1993:cap.5). En lo que respecta a la Patagonia, la correspondencia con el gobierno nacional se inició teniendo éste sede en Paraná (Jones [1898] 1993: cap. 3), durante el lapso en que esta ciudad fue capital de la Confederación. Los galeses solicitaban tierras situadas fuera de las trece provincias confederadas y pertenecientes -en teoría- a la provincia separada. Luego de la reunificación, la situación de pertenencia de los terrenos solicitados se aclaró cuando, por la Ley n° 28, la Nación extendió sus dominios a los territorios extraprovinciales. Es así como el Poder Ejecutivo Nacional comenzó las tratativas con los organizadores de la Colonia y, en febrero de 1863, dos enviados visitaron exactamente las tierras recomendadas por Fitz Roy treinta años atrás.

El proyecto para establecer la colonia, acordado entre el ministro del interior de Mitre, Dr. Guillermo Rawson, y los delegados galeses, Lewis Jones y Sir Love Jones Parry (barón de Madryn), fue enviado al Congreso Nacional para su aprobación, pero fue rechazado por el Senado Nacional en su sesión de agosto de ese año. La principal objeción planteada fue que instalar súbditos británicos en un vasto territorio podía dar pie a la pérdida de esas vastas regiones sobre las que el Estado nacional no ejercitaba su soberanía en forma concreta. Además, el Senador Frías, un católico militante, no veía con buenos ojos la instalación de colonos protestantes en la Patagonia.⁷ No obstante, la colonia galesa se establecería dos años después en el valle del río Chubut, pese a la oposición del Poder Legislativo y exclusivamente gracias a la voluntad del Poder Ejecutivo de encontrar resquicios legales que permitieran la empresa.

El rechazo del proyecto original por parte del Senado Nacional ha sido debidamente estudiado y difundido (Dumraut 1996; Eberle 1997), como lo fueron los

⁵ *El Tratado Lamarca estaba vigente hasta 1868 (Encina, 1959).*

⁶ Virgilio González, Prólogo de Jones ([1898] 1993).

⁷ Ver Diario de Sesiones del Senado de la Nación, años 1854-1880.

equivocos que este rechazo planteó en Gales y sus consecuencias en la marcha inicial de la colonia. Mucho menos conocidos son, en cambio, los intereses que atentaron contra la permanencia de la colonia en Chubut una vez instalada. Las intrigas y sobornos a que se vio sometido el primer presidente del Consejo de la colonia, Lewis Jones, por parte de los propios enviados del gobierno nacional, según aparece en la correspondencia de la época, necesitan ser mejor conocidos, ya que pudieron condicionar la conducta de los galeses frente al Estado nacional. Es evidente que para los colonos no era fácil tratar con un Estado que revestía diversas formas: mientras el ministro Rawson desoía al Senado y brindaba toda su ayuda a la colonia, el primer funcionario nacional que llegó al Chubut, Julián Murga, comandante militar de Patagones, hacía todo lo posible para que la colonia se mudara al valle del río Negro, donde Murga tenía intereses inmobiliarios personales. Un rol semejante adoptaría Julio V. Díaz, el agrimensor enviado por el gobierno para mensurar las tierras del valle inferior del río Chubut para la instalación de la colonia, quien -además de realizar un trabajo incompleto- se ofreció a actuar como gestor de los colonos en Buenos Aires en lo relativo a su relocalización en otro punto del país.

Los colonos padecieron esta dicotomía entre el Estado y sus funcionarios, lo que los llevó a la crisis de principios de 1867 materializada en el cisma que sufrió la colonia y que retrasaría sensiblemente su desarrollo. Un tercio de los colonos abandonaron entonces el Chubut y se instalaron en Patagones o sus cercanías, y en Pájaro Blanco, Santa Fe. El desmembramiento del primer contingente significó un serio traspie en la idea original de lograr -por medio de un grupo sólidamente unido y alimentado con nuevas llegadas- la formación de una provincia galesa dentro del concierto nacional. Michael D. Jones, ideólogo del movimiento colonizador, fue claro al expresar:

"Nosotros hemos dado nuestro dinero para obtener una colonia galesa en la Patagonia y no queremos saber nada con Santa Fe; es un acto desleal para con nosotros irse de la Patagonia." (Jones [1898] 1993)

Aunque en más de una ocasión los colonos manifestaron reconocimiento por el aprovisionamiento que recibieron del gobierno durante los primeros tres años, es de suponer que la temprana relación con el Estado nacional a través de funcionarios venales debe haber forjado en ellos una imagen negativa del gobierno y -por extensión- de los argentinos. Quizás la expresión más clara de este sentimiento, repartido entre el agradecimiento y el rechazo, se encuentre en este párrafo de una carta de 1866:

"...el gobierno nos mandará alimentos por otro año (...) damos gracias a Dios por poner misericordia hacia nosotros en corazones extranjeros y paganos".⁸

Del otro lado, la visión del gobierno sobre los galeses también estaba teñida de prejuicios. Como ya explicamos, su condición de británicos y protestantes fue uno de los argumentos del Senado para rechazar el plan de colonización en 1863. Los legisladores argentinos poco sabían del nacionalismo anglófono que animaba a los mentores del movimiento y -como era la regla en ese tiempo del imperialismo en expansión- "británico" se asociaba automáticamente a "inglés", sin mayores disquisiciones. El temor de una "quinta columna" inglesa actuando libremente en un territorio indefenso quedó explícito en ocasión de la fundación de Rawson, según narra Thomas Jones:

"Como [en la salva de saludo a la bandera] nosotros habíamos superado a sus soldados [Murga] le dijo a Lewis Jones: 'Veo que los que han venido a establecerse son soldados británicos'. 'No -contestó Lewis Jones- son trabajadores que han venido a labrar la tierra'. 'No creo, -dijo el capitán Murga- que simples trabajadores puedan hacer una salva así. La noticia llegó a Buenos Aires y eso fue una desventaja para los colonos muchas veces, si no es que su efecto continúa hasta hoy" (Thomas Jones [1926] 1999:49).

La dicotomía entre un Estado nacional generoso, pero cuyos funcionarios en ocasiones tenían intereses opuestos a los de los colonos, finalizó en 1868 al asumir Sarmiento la presidencia. A partir de entonces, el gobierno perdió interés en la colonia y ésta quedó librada a su suerte, o fue francamente alentada a abandonar el Chubut. Es claro que no era solamente la colonia la víctima del desinterés oficial, sino la Patagonia entera. El único otro proyecto argentino en el área, el campamento tehuelche de San Gregorio, organizado por Piedra Buena, sufrió idéntico abandono -que en ese caso resultó fatal- (Entraigas 1966: cap. 12). Las crónicas coloniales dan cuenta del aislamiento padecido entonces -y de los audaces recursos para quebrarlo-, pero se hace necesario insertar estos hechos puntuales en el marco nacional a fin de lograr una comprensión más acabada. Sólo así se explica que la colonia haya pasado 22 meses, desde junio de 1869 hasta abril de 1871, sin ninguna comunicación con Buenos Aires o Patagones. Un solo barco -proveniente de Gales- rompió momentáneamente el aislamiento en mayo de 1870. A su vez, el hecho que puso fin a este período de severa prueba -aunque procedente del Río de la Plata- fue la llegada de un buque de guerra británico, el H.M.S. Cracker, despachado a instancias de la embajada de ese país. Es legítimo preguntarse cuánto tiempo más habría demorado el gobierno argentino en preocuparse por el escaso centenar de personas que, en teoría, efectivizaban la soberanía argentina en el área.

En 1874, la presidencia de Avellaneda trajo un nuevo interés por la colonia, que recién entonces recibió autoridades nacionales en su seno. A partir de aquí, la exis-

⁸ Universidad del Norte de Gales, Bangor, BMS AX15-78629:95, Carta de Edward y Martha Price, 4-3-1866.

tencia de correspondencia oficial de los funcionarios destacados en Chubut facilita el estudio de las relaciones entre la colonia Galesa y el Estado nacional (Skinner, 1976). Las conexiones entre las escalas local y nacional de la historia del Chubut son un tema insuficientemente trabajado hasta el momento, sobre todo aquellas de las primeras épocas de la colonia. Sería muy positivo explorar las políticas que las distintas presidencias han tenido para con ésta, lo cual permitiría poner en evidencia que las etapas de su historia -delineadas ya por la primera de las crónicas locales (Matthews [1893] 1992)- responden no sólo a factores internos sino -y quizás en un grado insospechado hasta ahora- a factores derivados de su relación con las instancias nacionales de poder.

Durante los primeros veinte años de existencia, la colonia Galesa del Chubut tuvo como vínculo más cercano con el gobierno central a Carmen de Patagones. Durante este tiempo, la colonia se manejó con relativa autonomía y estableció su propia Constitución -llamada *Reglamento de la Colonia del Chubut*-, cuya introducción recuerda a los Preámbulos de las constituciones argentina y estadounidense. Sin embargo, este Reglamento presenta algunos puntos superadores, que recién por entonces estaban comenzando a reglamentarse y ponerse en práctica.

Algunos de los aspectos salientes de esta organización⁹ fueron el gobierno ejecutado por un Gobernador de la colonia con un Consejo de doce miembros, conocido como "Consejo de los Doce", con funciones legislativas; y un novedoso poder judicial que contemplaba el juicio por jurados, de carácter oral y público.¹⁰

Durante los primeros nueve años la colonia fue prácticamente autónoma. Recién en 1874 se le asignó un "comisario nacional" y funcionarios de puertos y aduanas. Esta cohabitación con autoridades nacionales mal definidas -y a menudo mal escogidas-, presentó diversos puntos de roce y se prolongó hasta 1884. Ese año se promulgó la Ley de Territorios Nacionales, que en Chubut representó la instalación del gobernador Fontana y la elección de autoridades municipales en 1885. Aunque, a partir de este momento el viejo reglamento de 1865 dejó de tener vigencia, los colonos vieron en todo esto una mejora de su situación, quizás también porque la ley mantenía abierta la puerta a una provincia autónoma, la "Provincia Galesa" soñada desde los inicios de la colonia.¹¹ Este sueño de una provincia galesa dentro de la República Argentina tuvo su versión iconográfica en la bandera de la colonia galesa de la Patagonia, que era básicamente una bandera argentina con el dragón rojo en el centro. La bandera fue izada en 1865 en las costas de Puerto Madryn a la llegada del *Mimosa*, que al parecer también la portaba. Luego de varios años, en 1885, vuelve a aparecer como membrete en la correspondencia de los principales líderes galeses.¹²

⁹ Reglamento de la Colonia Galesa del Chubut, 1865.

¹⁰ Esto se concretó en la Argentina contemporánea en la década de 1990.

¹¹ Para alcanzar ese status legal la población debía llegar a los 20.000 habitantes.

Es interesante analizar las relaciones de poder que se establecen entre los colonos, ya establecidos desde hace un buen tiempo, y el Estado nacional, ahora más cercano y presente; o por lo menos entre los colonos y algunos miembros de la elite dirigente, así como la dualidad de sentimientos y fidelidad que experimentan los colonos respecto del Estado argentino y del gobierno británico. Los funcionarios argentinos no parecen haber actuado con el tacto político necesario como para mantener relaciones cordiales con la comunidad galesa, como lo evidencia el malestar producido en 1881 entre ésta y el Comisario Finochetto, que incluyó asambleas populares y el arresto y envío a Buenos Aires de dos de los principales líderes de los colonos, Lewis Jones y Richard J. Berwyn.

Otro pico de tensión tuvo lugar a fines del siglo XIX con motivo de los ejercicios militares en días domingo. Por entonces, la primera generación de hijos de galeses ya había llegado a la edad de prestar servicios en la Guardia Nacional. Las autoridades locales se empeñaron en que las prácticas militares se realizaran los días domingo, desoyendo los reclamos de los colonos que solicitaban hacerlo cualquier otro día de la semana. La intransigencia del gobernador O'Donnell resultó una afrenta gratuita para los estrictos preceptos religiosos de los colonos, y su falta de tacto político no hizo sino exacerbar el sentimiento de la condición de británicos de éstos, quienes a fines de 1898 enviaron una delegación a Londres en busca de auxilio. Mientras tanto, la visita del presidente Roca a la colonia en febrero de 1899 apaciguó los ánimos. Sin duda la presencia presidencial en Chubut no fue meramente una escala en el viaje al Estrecho de Magallanes para encontrarse con el presidente chileno Errázuriz y solucionar los conflictos limítrofes. Roca actuó atinadamente ante los galeses y dijo lo que éstos deseaban escuchar: resolvería el tema de las prácticas militares y mejoraría las comunicaciones. Podría decirse que, a partir de la visita del presidente, los galeses del Chubut sellaron su integración con la Argentina. Pocos meses después, la devastadora inundación de julio de 1899 quebraría el sueño de progreso ilimitado que finalmente se había instalado en la colonia, reforzando -esta vez desde la desgracia- la vinculación con la República. Así, el hecho de que menos de dos años más tarde un grupo de más de 250 colonos abandonara el Chubut con destino al Canadá y regresara "al redil" del Imperio Británico, debería tener componentes más bien de tipo familiares y económicos que políticos.

¹² La bandera tenía algunas diferencias con la actual, la franja blanca central era del doble de ancho que las azul celestes, en tanto que estas eran de un azul más intenso.

La configuración del espacio de la Patagonia central a partir de las relaciones económicas, sociales y culturales con la población originaria

Los primeros años en la Patagonia fueron sumamente duros para los colonos galeses, al punto de plantearse en 1867 la posibilidad de abandonar el valle del Chubut en el que se habían instalado apenas dos años antes. El desconocimiento del medio ambiente y la inexperiencia agrícola de la mayoría de los colonos, sumados al hecho de que llegaron tarde para sembrar en 1865 y 1867, hicieron que las cosechas de los tres primeros años fueran un fracaso. La cantidad de ganado, en lugar de aumentar, disminuía. Además del robo sufrido al primer arreo realizado desde Patagones, los colonos no estaban habituados al manejo de un tipo de ganado mucho más arisco que el de Gales, por lo que una buena parte se terminó extraviando en el campo patagónico y otra fue consumida por los colonos, escasos de víveres.

Ya al primer año algunos colonos hacen oír sus quejas ante la extrema escasez que ponía en riesgo su vida. Si bien estas estimaciones son consideradas por lo menos exageradas, un funcionario del Ministerio del Interior, Antonio Alvarez de Arenales, se embarca en la nave de guerra británica Triton, la que visita la colonia para verificar el estado de sus habitantes.¹³ De su informe surge que, si bien no había riesgo inminente de vida para los colonos, la situación de la Colonia no dejaba de ser preocupante. La población había descendido de 153 a 133 personas, las que se distribuían en cuarenta casas en general de mala calidad entre las que predominaban las de barro y paja. Los colonos sólo habían podido sembrar unas veinticuatro hectáreas de trigo y media hectárea de cebada, encontrándose los sembradíos a merced de los fuertes vientos patagónicos por la falta absoluta de árboles que los reparasen. Al no contar con semillas, tampoco se había podido sembrar maíz, papa, cebollas, calabazas u otros. Los elementos agrícolas se reducían a 3 arados ingleses, 10 de madera, 6 hoces y 2 molinos manuales, uno para trigo y otro para maíz. Sólo se contaba con 76 vacunos, 52 caballos, 15 porcinos, 80 aves y ¡ningún ovino!, ya que de los ochocientos que se habían traído el año anterior, unos doscientos cincuenta se habían perdido en el campo y el resto había sido consumido. Si bien la pesca en el Golfo Nuevo era rica y variada, su práctica se veía dificultada ya que en dicho puerto natural no había agua potable. Aunque las posibilidades de caza eran abundantes, los colonos no conocían las técnicas adecuadas para su desarrollo en el medio patagónico.

¹³ Memorias del Ministerio del Interior, correspondientes a los años 1866 y 1867, presentadas al Congreso de la Nación en 1868.

Durante los primeros diez meses los colonos vivieron sobresaltados, esperando ponerse en contacto con los indígenas patagónicos, hasta que en abril de 1866 visitó la colonia la tribu del cacique tehuelche Francisco. Poco tiempo después de partir la nave Triton, arribaron otras dos tribus: los Pampas del cacique Chiquichan, que habitaban al norte del río Chubut, y otro grupo de Tehuelches del cacique Galats -hermano de Francisco- que ocupaba los territorios al sur de dicho río. Si bien los indígenas patagónicos estaban acostumbrados a comerciar con los establecimientos de Punta Arenas, Isla Pavón y Carmen de Patagones, con los indígenas manzaneros del Neuquén, e incluso con los barcos ingleses y de otras nacionalidades que tocaban las costas patagónicas, la colonia galesa les abría un nuevo mercado más cercano a su circuito de migración estacional y a su vez la posibilidad de evitar ciertos puntos conflictivos. Estas circunstancias los impulsaron a sostener a la colonia en sus primeros duros momentos:

"Ese año vendían muy baratas sus mercaderías, al parecer porque veían que los colonos no tenían mayormente nada que dar por ellas. Era posible comprar un caballo por unos pocos panes y un poco de azúcar, o si no por unas yardas de algodón y uno o dos panes." (Matthews, 1992:39)

Además de ayudarlos con víveres, los tehuelches les enseñaron a los colonos cómo sobrevivir en el "desierto":

"...el modo de manejar caballos y de cazar, como también les ofreció una oportunidad de obtener artículos indispensables como aparejos, lazos, etc., cosas de las cuales carecían completamente, pudiendo al mismo tiempo aprender a usarlas, siéndoles esto último hasta entonces desconocido."¹⁴

En febrero del año siguiente, 1867 -ante el fracaso de la cosecha por la falta de lluvias y no haber podido realizar los canales de riego ya que el río había bajado mucho-, un grupo de diputados se dirigió a Buenos Aires para pedir su traslado a otra parte del territorio argentino. Los colonos fueron a Puerto Madryn para esperar allí un barco que los llevase a otro lugar. Mientras aguardaban refugiados en las cuevas recortadas en las toscas, frente a la playa de Puerto Madryn, se presentó el cacique Galats e instó a los colonos a no abandonar el Chubut:

"... ellos no querían que abandonemos la Patagonia, lógicamente se preguntaban '¿Con quién vamos a comerciar si no están ustedes?'"
"Nos alentaban para que regresáramos, hasta llegaron a ofrecer caballos para facilitar nuestro traslado." (Evans 1994:12).

¹⁴ "Documentos Relativos a la Colonia Galesa", *Revista Argentina Austral* N° 405 (1965:24).

En esta oportunidad, el Ministro del Interior comisionó nuevamente a Arenales para que efectúe un interrogatorio a dichos enviados, surgiendo de su informe datos bastante parecidos a los que él mismo tomara siete meses antes sobre el terreno.¹⁵

Uno de los datos novedosos del informe de Arenales es que aún en medio de la crisis la colonia ya había producido las primeras “exportaciones”. Dada la escasez de trigo, uno de los rubros que se había comercializado en Patagones fue la manteca. Allí se colocaron los primeros 46 kilogramos de este producto, que los colonos creían que les sería redituable si pudiesen contar con 400 o 500 vacas lecheras, de las que sólo poseían la décima parte. Pero, más llamativa aún es la colocación en Patagones de 1.000 libras de plumas de avestruz, además de las 500 libras que habían llevado en barco para comerciar en Buenos Aires, y de otras 400 que tenían depositadas en la colonia. También se menciona la colocación de algunos quillangos de avestruz. Estos datos tempranos ya vislumbran la importancia que luego alcanzaría el tráfico con los indios para el éxito de la colonia.

Después que el gobierno argentino -Lewis Jones mediante- convenciera y ayudara a los colonos para permanecer en el Chubut un tiempo más, estos volvieron al valle y realizaron un nuevo intento por sembrar. Esta vez uno de los colonos, Aaron Jenkins, decidió sembrar en otro lugar -“la tierra negra pelada”-, concretó una zanja desde el río hasta su sembrado y logró obtener -¡finalmente!- una buena cosecha.

Cuatro años después, cuando en 1871 el buque *Cracker* de S.M.B. visitó la colonia, observó cierto progreso: la población -que en 1868 había llegado a caer a 110 pobladores- había recuperado el número inicial de 153 colonos. La superficie sembrada -aunque en niveles aún bajos- se había multiplicado por diez hasta alcanzar las 250 hectáreas, dentro de las cuales seguía predominando claramente el trigo. En relación con el riego, en abril de ese año “los pobladores hacen correr el agua del río por un antiguo cauce y siembran en común una extensión grande, irrigada de esta manera”.¹⁶ El ganado mayor -también en niveles bajos- se había quintuplicado, alcanzando las 300 cabezas, es decir entre 5 ó 6 por unidad económica.

Como ya dijimos, a partir de los primeros contactos entre galeses, pampas y tehuelches, comienza a darse un intercambio comercial que no cesará en todo el período estudiado. Si bien, en las primeras épocas de escasez, el tráfico pudo ser escaso y fue estereotipado por el consabido “pan por carne de guanaco”, el comercio comprendió luego el intercambio de bienes derivados de la explotación de sus respectivos espacios y también de los circuitos de comercialización que cada grupo mantenía a su vez con otros grupos o mercados. Así, los tehuelches abastecían a la colonia de carne (de guanaco o avestruz), caballos, cueros, mantas de guanaco y de avestruz denominadas quillangos, ponchos de los indígenas cordilleranos y transcordilleranos, artículos euro-

¹⁵ Memoria del Ministerio del Interior (1865-68), pp. 343 y ss.

¹⁶ Revista *Camwy* N° 5:11.

peos adquiridos en Patagones y principalmente plumas de avestruz, rubro que llegaría a adquirir una importancia singular para la colonia (Gavirati 2003).

En cuanto a las compras que efectuaban a los galeses, además del pan, la manteca y la leche que los colonos producían, estas incluían “*variedades de mercaderías y licores que más aprecian; en azúcar, yerba, tabaco, fariña, trigo, arroz, harina, jabón, ropa, etc. Ocupan al herrero para que les haga boleadoras, hebillas, etc. y desean mucho les haga cuchillos*”.¹⁷ El hecho de que algunos miembros de la comunidad comerciaran alcohol con los indígenas fue muy mal visto por los líderes religiosos de la Colonia. Como por aquella época no había casas comerciales establecidas, el comercio con los indígenas era realizado en forma particular por cada familia. y “*el quillango de guanaco suele desempeñar el rol de moneda*”.¹⁸

En 1873 se realizó el primer envío de trigo a Buenos Aires y los colonos se plantearon entonces como objetivo la venida de nuevos inmigrantes para producirlo en grandes cantidades y ubicarlo en ese y en otros puertos. Entre 1874 y 1875 arribaron colonos procedentes de los Estados Unidos y de Gales y la población se duplicó.

En 1875 se sancionó una ley por la cual el gobierno elevaba de 50 a 100 hectáreas la tierra que se le otorgaba a cada colono. En este mismo año se instaló en la colonia la primera casa de comercio por parte de un comerciante galés de Buenos Aires, la Rook Parry & Cía, al cuidado de uno de los propios colonos, el Sr. Price; y poco tiempo después John Murray Thomas, un ex colono dedicado al comercio en Buenos Aires, instalaría la segunda casa comercial. Ambas contaban con almacenes y un barco para el tráfico comercial. Entre 1875 y 1876 llegaron las dos primeras trilladoras a vapor, a las que se sumarían en 1880 dos movidas por caballos.

Sin ser muchas, las 865 hectáreas sembradas por la colonia en 1875 representaban más del 5 % de la superficie sembrada en toda la provincia de Entre Ríos y más del 15% del área sembrada en toda Córdoba.¹⁹ Para 1883, el total de hectáreas sembradas alcanzaba las 3.210 ha, lo que significaba un aumento del 350% en relación con 1875. El cultivo casi excluyente seguía siendo el trigo, representando en 1883 el 96,5% de la producción, en tanto que la cebada y la alfalfa se disputaban el 3,5%. La extraordinaria cosecha de ese año posibilitó enviar a Buenos Aires 791 toneladas de trigo y 17,8 de cebada.

En cuanto al riego, la técnica utilizada consistía en cavar pequeñas zanjas que, proviniendo del río, surcaban las chacras. En 1882 se iniciaron las obras para la construcción de dos canales principales, uno al sur y otro al norte del río, para ramificarse luego en canales secundarios.

¹⁷ “Informe Dennistown”, en: Documentos Relativos a la Colonia Galesa, *Argentina Austral*, N° 405:27.

¹⁸ *Argentina Austral*, N° 405: 30-31.

¹⁹ En base a datos de Gallo y Cortes Conde (1986:22).

La maquinaria agrícola también aumentó y en 1883 se llegaron a contabilizar 260 arados, 172 rastras, 45 segadoras, 6 trilladoras, 71 molinos de mano y 16 molinos grandes o de uso industrial, utilizados por las casas de comercio o por chacareros en forma cooperativa, entre los hidráulicos, a viento y a vapor.

Las exportaciones en materia ganadera registraban pequeños volúmenes de astas, huesos, cueros lanares y una cantidad poco mayor de lana sucia y cueros vacunos cuyo destino sería Buenos Aires. La importancia del ganado está representada más bien por la producción tambera, destinada al consumo interno y base de la incipiente industria de los primeros años: la elaboración de queso y manteca, que alcanzó a 200 y 520 kilos, respectivamente, en 1881.

Pero sin duda el rubro más importante del comercio “exterior” de la colonia provenía del comercio con los Pampas y Tehuelches: quillangos de guanaco, de zorro y de avestruz, y -principalmente- las plumas de avestruz. En un año de cosecha normal como lo fue 1881, estos productos representaron el 56% del total de exportaciones de la colonia, en tanto que en un año con problemas en la cosecha, como resultó 1882, treparon hasta el 80% (Gavirati, De Bella y Jones, 1998). Dentro de ambos campos los rubros más importantes fueron las plumas y el trigo, resultando en 1881 el valor de la exportación de trigo prácticamente equivalente al de la exportación de plumas (43 y 42%, respectivamente). En 1882, por el fracaso de la cosecha, el trigo representó sólo del 6% de las exportaciones de la colonia, mientras que las plumas de avestruz -aunque descendieron a menos de la mitad del año anterior- representaron el 65% de las exportaciones.

A consecuencia del desarrollo económico, el aumento poblacional se fue consolidando. En cuanto a su origen, para 1881 más del 65% son galeses; casi el 30% son argentinos, pero hijos de galeses; el 4% corresponde a otras nacionalidades y sólo el 1% a argentinos no descendientes de galeses.²⁰ Para 1883 la colonia había alcanzado los 1.350 pobladores, se proyectaba su expansión económica y poblacional, y las miradas se dirigían cada vez más hacia el oeste. Pero el exitoso modelo de complementariedad económica y convivencia pacífica construido laboriosamente por galeses y nativos patagónicos veía próximo su fin ante la presencia de las tropas de la denominada “Conquista del Desierto”, que abriría el territorio a nuevas corrientes inmigratorias. Finalizaba un modelo y comenzaba otro, con nuevos desafíos por delante.

Si bien en el ámbito patagónico central y meridional algunos grupos indígenas continuarían parcialmente con su tipo de vida durante dos décadas, ya que el terreno se despobló pero todavía no había quien lo ocupara, el golpe de gracia se asestó hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. Fue entonces cuando se produjo la llegada

²⁰ Revista Argentina Austral, n° 405.

de otros blancos, que, al amparo de las leyes y del poder del Estado nacional, hicieron avanzar la frontera ganadera (preponderantemente ovina en la meseta, pero también vacuna en los valles cordilleranos). Se entró así en franca competencia por las tierras que aún podían estar en manos de los indígenas, a los que se los redujo -en el mejor de los casos- a reservas limitadas y ubicadas en tierras que no eran precisamente las mejores.

Una vez que el territorio indígena estuvo militarmente ocupado, el Estado nacional necesitó organizar política y jurídicamente dicho espacio, como base para su nueva conformación económica. Por esta razón, en 1884 se dividió la Patagonia en cuatro territorios nacionales. Al frente del Territorio Nacional del Chubut se designó al coronel Luis Jorge Fontana como primer gobernador.

En 1885, un grupo de colonos galeses convenció al flamante gobernador para que se pusiera al frente de una expedición que se proponían emprender hacia la zona cordillerana. Desde 1871, los galeses venían realizando expediciones con diverso éxito y alcance. En esta exploración, conocida como la de los “Rifleros del Chubut”, llegaron al valle cordillerano al que los galeses llamaron *Cwm Hyfryd* (Valle Encantador), el que sería luego oficialmente bautizado como Valle 16 de Octubre, en conmemoración de la fecha en que se promulgó la ley de creación de los Territorios Nacionales. De la expedición participaron, como mano derecha de Fontana, John Murray Thomas y como baqueano, John Daniel Evans.

Al año siguiente, en 1886, se inició la construcción del ramal Puerto Madryn-Trelew, destinado a dar salida a la producción del valle inferior. En 1887, Asahell P. Bell, gerente de la empresa concesionaria del Ferrocarril Central del Chubut, organizó una nueva expedición para estudiar la posibilidad de extender la vía férrea hasta la zona cordillerana, donde empresas vinculadas a la compañía ferrocarrilera planeaban ubicar las concesiones de tierras que estaban gestionando ante el gobierno nacional. También buscaban un paso cordillerano hacia el Pacífico para comercializar la futura producción. Al año siguiente, se realizó otra expedición de la que participaron Fontana, el Ingeniero del ferrocarril, Llwyd Ap Iwan, y el baqueano John Daniel Evans, para determinar el lugar donde se establecería la nueva colonia de los galeses. Ap Iwan comenzó la mensura colocando el primer mojón en el lugar donde hoy se encuentra el busto de Fontana, en la actual plaza principal de Trevelin. Se delimitaron 50 lotes de una legua cada uno, para otros tantos colonos.

A partir de 1889 comenzaron a instalarse los primeros pobladores solteros y, a partir de 1891, las primeras familias. Con su llegada comenzó la construcción de la capilla, de paredes de barro y techo de paja, que también serviría como escuela primaria y escuela dominical.

La nueva colonia se dedicó a la explotación ganadera ovina, vacuna y caballar, y también a la agricultura. Ante la necesidad de moler el excelente trigo cosechado, John D. Evans instaló un pequeño molino que utilizaba la fuerza motriz del río Percy, el que irá agrandando luego con nuevas maquinarias. Más tarde, este molino le daría

el nombre al pueblo que surgiría a su alrededor, Trevelin, (en galés, "el pueblo del molino"), y haría que "el baqueano" pasara a ser "el molinero".

En 1902, Sir Thomas Holldich, designado por S.M.B. para dilucidar la cuestión de límites entre la Argentina y Chile, visitó la colonia y recogió -en lo que se conoce como el "plebiscito de la Escuela Nro. 18"- la voluntad casi unánime de los pobladores del Valle 16 de Octubre de que fuera la bandera argentina la que los cobijara, opinión que sin duda pesó en la decisión del árbitro de otorgar dicho valle a la Argentina.

En 1906 se procedió al ensanche norte de la colonia, donde estaba naciendo el pueblo de Esquel. El 25 de febrero de ese año se trasladó allí el telégrafo, que desde 1903 funcionaba en Súnica, en el mismo local de la comisaría y establecimiento de Eduardo Humphreys. También se realizó el ensanche sur, que dio origen a Corcovado.

Otra de las iniciativas de los colonos del Valle había sido, a fines del siglo XIX, la de buscar tierras aptas para la agricultura y la minería en el sur del Territorio del Chubut y en el norte del de Santa Cruz. Así inició su camino la Compañía Fénix, que propiciaría el establecimiento de una nueva colonia con familias traídas de Gales en el valle superior del río Deseado. El proyecto incluía la desviación y canalización del río Fénix, la construcción de un dique y canales de riego. Fracasado este proyecto por la negativa del gobierno nacional, un nuevo grupo de colonos, encabezados ahora por el italiano Francisco Pietrobelli, uno de los socios de la Fénix, fundó el denominado Club Social de Gaiman, que motorizó la colonización de la zona comprendida entre el valle inferior del río Senguerr y los lagos Musters y Colhue Huapi, con fines equivalentes a la del Valle 16 de Octubre. Surgió así la Colonia Ideal, más conocida como Colonia Sarmiento, un nuevo asentamiento que se dedicaría a la explotación ganadera pastoril. La búsqueda de una salida al mar los llevaría hacia la costa atlántica. En el año 1900 surgió Comodoro Rivadavia, que se constituiría en el puerto para la salida de la producción y abastecimiento de toda la franja sur del territorio chubutense, norte de Santa Cruz e incluso para los productores chilenos de la región de Aysén y del sur del lago Buenos Aires-Carrera.

Ideología, cultura e identidad: la construcción del "nosotros" y los "otros"

Los galeses, como los otros pueblos celtas, responden a una identidad que está marcada más por lo lingüístico que por lo "racial" (Berresford-Ellis, 1985:12). La necesidad de resguardar el idioma galés como preservador y marcador de su identidad fue lo que los llevó a una lucha secular sobre diversos frentes ante el avance del imperialismo inglés en su territorio, que *contrario sensu* buscaba eliminar la práctica de la lengua celta entre los galeses. Es así que el nacionalismo galés está relacionado desde antiguo con la formación de la nación inglesa. Ya la misma etimología de la palabra *welsh* -galés-, proveniente del anglosajón *wealas* -extranjero-, indica una definición

del otro por oposición; a ello los galeses respondían llamándose a sí mismos *cymry* -compatriotas-. Para los nacionalistas galeses la lengua era el alma de la nación.

Pero el avance inglés, por supuesto, no se dio sólo en lo idiomático sino también en lo económico. Lewis Jones, uno de los promotores de la colonia en la Patagonia, escribía:

"El temor a la ira de los terratenientes era como una pesadilla sobre el país, mientras las publicaciones [...] emitían chillidos y gritos, tratando de despertar el entendimiento y la conciencia político social de la nación" (Jones, 1993).

Como pueblo se veían unidos a través del idioma, preocupación que se trasluce en su himno nacional "*que perviva por siempre el viejo idioma*", y esto es lo que les permite definirse y definir los límites y características de su identidad.

Benedict Anderson (1993:102) plantea la vitalidad de las lenguas vernáculas y es en este sentido que esta lengua nacional es utilizada a pesar de las prohibiciones gubernativas, adquiriendo una importancia ideológica y política fundamental. Las iniciativas de los que gestaron y propiciaron la inmigración a la Patagonia, es decir de la Sociedad para la Emigración liderada por el reverendo Michael Daniel Jones, rector del Colegio de Bala -norte de Gales-, tenían claros propósitos de preservar la lengua y la nacionalidad galesa. La nación se convirtió así en algo deseado.

Los galeses comenzaron a verse como el pueblo elegido para preservarla en un nuevo tiempo y en un nuevo espacio geográfico. La Patagonia, y más precisamente la región elegida, sería la tierra prometida que deberían habitar y trabajar arduamente, pero que les daría la posibilidad de concretar el sueño de la nueva nación. No es para nada casual que el primer sermón que los colonos tuvieron en la Patagonia versara sobre "Israel en el desierto", ni que la imagen del "pueblo elegido" apareciera de diferentes maneras entre los colonos de los primeros años.

La imagen que imperaba por entonces de la Patagonia como "desierto", como un lugar vacío de "civilización" -imagen compartida incluso por la clase dirigente argentina- se complementaba bien con la necesidad de los nacionalistas galeses de un territorio libre de dominación por un Estado soberano, sin vecinos en las cercanías, donde fuera posible llevar adelante el proyecto de "salvataje cultural". La Patagonia fue percibida por ellos como una *frontier*, en el sentido dado por Elizabeth Jelin (2000), un lugar a ocupar en la interpretación de la frontera norteamericana de Turner, pero que, a poco de andar, se transformaría en un *border*, es decir una zona de contacto con los indígenas patagónicos. Galeses e indígenas convivían más allá de la frontera como límite -*boundary*- fijado por la línea de fortines, más allá incluso de Bahía Blanca y Patagones, donde el conflicto siempre estaba latente, hasta que se llegó a lo que podríamos denominar como "la solución final" -la mal denominada "Conquista del Desierto", a la que se debería denominar "Guerra por el dominio de Pampa y Patagonia" (Gavirati 2001)-.

A partir de entonces, ese espacio sería política, social y económicamente organizado desde el centro del poder, Buenos Aires.

Mientras en Gales el idioma galés era denigrado y combatido y las pautas culturales quedaban postergadas a un segundo plano, la Patagonia brindaba la oportunidad de afianzar la identidad sin las presiones impuestas por el dominio imperial y sin el peligro de verse asimilados por la cultura dominante de la población mayoritaria en la que se insertaban, como les había ocurrido a los galeses que habían ido a los Estados Unidos. Junto con la lengua, otro factor fundamental era la religión no conformista practicada mayoritariamente por el grupo emigrante, elemento éste que le proporcionaba un nítido perfil de resistencia y oposición a los avances de la dominación inglesa.

En este sentido, lengua y religión iban inexorablemente unidas para afianzar los rasgos culturales y nacionales galeses. La alianza del nacionalismo y la religión fue evidente en la ocupación galesa del espacio patagónico.

Esta estrecha relación entre identidad nacional y religión hizo que cuando se establecieron en el Valle del Chubut, una de las preocupaciones primordiales de sus líderes fuera la de sostener la religión, preocupación que se manifestó en la construcción de una importante cantidad de capillas, en las que también funcionaban las escuelas dominicales, donde los niños galeses hacían sus primeras letras y aprendían a leer con la Biblia. Allí también los adultos realizaban sus estudios bíblicos, en los que discutían cuestiones cotidianas y de su realidad social a la luz de las Sagradas Escrituras. La capilla se constituía en el centro de reunión y de participación por excelencia de los colonos. En ellas se realizaban las asambleas que organizaban la vida del pueblo y se dirimían los conflictos. Aún en la actualidad, las capillas son el lugar de ensayo de los coros y de preparación de los niños para poder participar en el *Eisteddfod*. Esta competencia que se realiza anualmente, es el ámbito de expresión de la excelencia y de las capacidades logradas por las personas cada año.

Resulta interesante analizar comparativamente el rol de las capillas en el sostenimiento de la identidad galesa-patagónica y el del *Eisteddfod*, ya que mientras las primeras declinan, el segundo sigue plenamente vigente. El origen del *Eisteddfod* se remonta a la Edad Media, pero hunde sus raíces en el pasado pre-cristiano de los galeses, cuando los druidas y bardos competían en oratoria, memoria genealógica y expresión laudatoria al rey. Evolucionó luego a competencias entre poetas y juglares y, a partir del siglo XVIII, adquirió su forma moderna como un festival de competencias de canto y poesía. Durante el *Eisteddfod* se desarrollan diversas disciplinas y artes como la de escribir poesías en idioma galés y en castellano, la recitación, el canto coral o individual, la interpretación de instrumentos, así como la presentación de competencias de danzas, lectura a primera vista, pintura, bordados, tejidos y hasta platos típicos, etc. Esto pone de manifiesto un amplio espectro de artes y habilidades desarrolladas por quienes participan de este evento. Las competencias se realizan luego de una instancia de preliminares, en caso de superar el número de tres participantes en cada competencia.

Todos los participantes son evaluados por jurados expertos, cuyo fallo tiene una función didáctica y es inapelable. Se pone especial atención en la elección de los jurados porque estos serán los responsables de formar a las nuevas generaciones a la vez que mantendrán y reproducirán la cultura galesa.

Aunque el primer *Eisteddfod* en Chubut se realizó en el primer año de la llegada, no sería sino hasta 1889, en que la colonia estaba firmemente consolidada, que se pudieron comenzar a realizar en forma regular.

William M. Hughes dice que el primer *Eisteddfod* en Trelew se realizó el día de San David, el 1º de marzo de 1889, en un amplio salón de una de las casas de madera que la Compañía del Ferrocarril poseía. “Fue un pequeño *Eisteddfod* aquel, puesto que fueron pocos los preparativos que se hicieron. Sin embargo fue el comienzo de una excelente costumbre galesa en una región nueva con la esperanza que se desarrollara con el tiempo”. (Hughes [1927] 1993).

A partir de entonces, los *eisteddfodau* se realizaron regularmente hasta la década de 1940, cuando -desaparecida ya la primera generación de colonos y desalentados desde los niveles gubernamentales- cayeron en la esporadicidad. El Centenario de la colonización, en 1965, fue la ocasión para su relanzamiento y desde entonces se vienen realizando anualmente sin interrupciones hasta el presente.

Durante los primeros cuatro lustros, a partir de la instalación de la colonia en 1865, la educación estuvo en manos de maestros galeses. Uno de éstos escribió en 1880 la primera historia argentina en galés para que los alumnos conocieran la historia de la tierra que los albergó.²¹ Aunque ya en 1877 se había creado la Junta de Educación y el Consejo Nacional de Educación, hasta el año 1885 fue poco el interés manifestado por el Gobierno en la enseñanza en la colonia del Chubut. Pero, hacia 1890, la tendencia se revirtió y el gobierno empezó a ocuparse de la situación, de modo que a partir de este momento los maestros galeses fueron reemplazados por maestros designados por el Estado argentino, y se inició un proceso de afirmación de ideales y sentimientos que fueron “argentinizando” paulatinamente a los niños que asistían a las escuelas. En el año 1900, quizás como una consecuencia de la visita del Presidente de la Nación, Julio A. Roca, desaparecieron las escuelas bilingües galesas en la colonia, que fueron definitivamente transformadas en escuelas oficiales, integradas al sistema nacional de educación, a cargo de maestros de habla castellana.

La primera escuela secundaria fue creada por los colonos en Gaiman en 1906, por décadas llamada Escuela Intermedia y hoy conocida como Colegio Camwy. En ella se enseñaba galés, castellano e inglés, y los alumnos que así lo deseaban eran preparados para asistir a las universidades nacionales.

²¹ Fue escrita por el primer maestro de la colonia, Richard Jones Berwyn.

Fue así como los galeses de la Patagonia se “hicieron” a sí mismos preservando y cuidando su idioma y sus tradiciones, desarrollando además otros espacios de fortalecimiento identitario como las reuniones de oratoria, los encuentros literarios y los periódicos en idioma galés,²² especialmente cuando la escuela dejó de ser un ámbito de difusión y enseñanza de dicho idioma. En todos ellos la lengua, y especialmente la lengua escrita, en múltiples manifestaciones y estilos, permitía la reproducción cultural, la preservación de las tradiciones y la continuidad de los ideales.

A la vez que los galeses buscaban sostener sus características identitarias, eran vistos por el Estado nacional como una alternativa que garantizaba el poblamiento de un territorio también pretendido por Chile. Pero la importante relación establecida por los galeses con los nativos, con los que estaban particularmente familiarizados, llevó al comisario de la colonia, Finochetto, a demandar al gobierno nacional en 1881 a que enviara con urgencia maestros para que los colonos no se transformasen en “*los indios blancos de la Patagonia*”,²³ dando así a entender la necesidad de iniciar un proceso de nacionalización argentina que no tardaría demasiado en concretarse.

En esta construcción de los otros, los galeses veían en los indígenas a los “*hermanos del desierto*”, al decir de John D. Evans, con quienes podían comerciar, conocer la tierra y las formas de adaptarse y apropiarse de ella (a través de la caza o la recolección de frutos silvestres, hierbas medicinales, etc.), al mismo tiempo que los sintieron como “*un muro de seguridad y amparo*” (Jones, 1993) y con quienes convivieron complementándose en el espacio geográfico que ocuparon.

Los colonos galeses -especialmente sus viajeros y sus organizadores- construyeron el espacio y un imaginario desde el interior mismo de la Patagonia, a partir de su vida en la región, de sus viajes y del contacto con los indígenas. Las fuentes y relatos de estos viajes están escritos en muchos casos en galés. El hecho de que parte de la historia de la región esté escrita en dicho idioma nos hace reflexionar sobre la realidad de un territorio en el cual no se hablaba el idioma nacional. Un territorio donde se pensaba, se actuaba, se vivía en otros idiomas y en el que se construía un modelo de convivencia con los pueblos originarios, los que a su vez hablaban y pensaban en por lo menos dos idiomas nativos: el *güniinna iajech* y el *aoniko aish*. Muchas de las personas no-galesas que se instalaron en la colonia aprendieron el idioma galés, lo mismo que los indígenas que comerciaban con ella, al mismo tiempo que los nativos fueron vehículo del aprendizaje del castellano entre los colonos.

No era igual la visión que tenían de los indígenas que la que tenían de los “españoles”, como llamaban ellos a los criollos, a los argentinos. A éstos muchas veces los relacionaban con la holgazanería, la viveza, etc. La siguiente cita deja traslucir un ingrediente más en esta relación difícil, como lo es el prejuicio de los galeses, como

²² El que tuvo mayor trascendencia y perdurabilidad fue *Y Drafod* (El Mentor).

²³ Frase de Oneto (López de Monedero y otros, 1991)

británicos, ante todo lo hispano-católico, ámbito cultural que con el tiempo se resumiría en Chubut en el término “latino”, en contraposición a lo galés. Uno de los líderes religiosos del grupo inicial aconsejaba en 1866 a sus compatriotas:

“[...] *si pasan por Buenos Aires tengan cuidado de no dejarse embaucar. Los españoles no tienen ética comercial y sólo piensan en sacar el mayor provecho posible en todo y engañan por cualquier cosa y circunstancia.*”²⁴

Esta visión fue cambiando a medida que transcurrió el tiempo y se transformó a partir de las nuevas generaciones, cuando el proceso de nacionalización se concretó en los hijos y nietos de los que llegaron de Gales, y los procesos políticos efectivizaron sus construcciones nacionales sobre las masas de inmigrantes que se instalaron en el territorio. Sobre fines del siglo XIX y principios del XX, el Estado argentino inició este proceso de nacionalización cuyas estrategias políticas -educación pública en castellano, “liturgia patria” (Terán, 1987:16 y ss.), instrucción militar, etc.- plantearon en lo cultural y en sus tradiciones a los colonos galeses dificultades semejantes a las que los llevaron a dejar Gran Bretaña una generación antes.

Conclusiones

Como dijimos en la introducción, la imagen y la geografía de la Patagonia, construida en principio por viajeros europeos, esa percepción del espacio patagónico como un espacio “vacío”, el “desierto” que debía ser incorporado a la civilización, fue luego avalada ideológicamente desde el Estado nacional argentino. Esta visión, esta construcción extra regional fue recogida en general por una historiografía porteño-céntrica. En ella estuvo ausente, por supuesto, la visión de los habitantes originarios y también la de los colonos galeses.

Esta exclusión es reproducida por la historiografía tradicional, en una situación que se nos aparece como análoga a la que Alfredo Jiménez (1996) planteara en relación con los territorios ocupados por España que posteriormente fueron incorporados a los Estados Unidos. Según señala este autor, los *Spanish Boundaries* son considerados como un apéndice de la *Western History* y ésta, a su vez, lo sería de la *American History*. Así, la historia de estos territorios sería como una historia de tercer orden, la que se ocupa del oeste una de segundo orden, que es mirada desdeñosamente por los cultores de la historia de los territorios del este, la que sería la historia por excelencia de los Estados Unidos. En nuestro caso, entendemos que se podría plantear aquí un paralelismo entre la “Historia Argentina”, que miró durante años con desdén a las “historias regionales”,

²⁴ Abraham Matthews, pastor de la colonia durante más de 25 años. Obviamente los “españoles” son los hispano-parlantes, es decir los argentinos en este caso. BMS AX15-78629:134

sobre todo de áreas periféricas como la Patagonia, tardíamente incorporada al territorio nacional. Dentro de esta analogía ¿podría considerarse a la colonia Galesa un símil de la colonización hispana de Nuevo México?

A los autores enrolados dentro de las corrientes más tradicionales de la historia argentina, reivindicadoras del papel que le cupo a España y luego a Buenos Aires en la conquista del territorio argentino, se les dificulta un tanto el comprender este fenómeno llevado a cabo por un puñado de inmigrantes británicos y protestantes que, por si fuera poco, no eran ni siquiera sajones, ni angloparlantes, ni anglicanos, sino que reivindicaban el uso de un idioma de raíz celta y profesaban cultos independientes. Sus características singulares -motivos de inmigración, origen, religión y su relación con los habitantes originarios- seguramente incidieron en su relación dialéctica de complementariedad-enfrentamiento con un Estado que los necesitaba pero al que a su vez le resultaban un elemento díscolo al que había que "nacionalizar" e incorporar.

Pero, como creemos haber mostrado, hubo otra visión de la Patagonia, la visión de estos colonos galeses que se sumergieron en ese mundo antes de que fuera "civilizado" por los otros blancos. Ellos conformaron un grupo de personas que decidieron instalarse, por motivos e ideales un tanto distintos a los de otros grupos migrantes comunes, en un medio completamente distinto al que conocían. Allí entraron en contacto con seres definidos como "salvajes" por la visión eurocéntrica de la que ellos mismos participaban. Venciendo los prejuicios contra ese "otro" desconocido, construyeron en conjunto un modelo de convivencia con el "otro" *sui generis* en la relación entre blancos e indios. Fue así como los colonos iniciaron un camino que constituyó una alternativa distinta en el poblamiento de la Patagonia.

Unidos por la fe y el objetivo de preservar su lengua y su identidad, lucharon contra un medio hostil, soportaron el hambre y las inundaciones, se ligaron en el trabajo formando cooperativas para construir canales de riego, como reza un monolito que marca el lugar de su arribo "*vinieron para quedarse*"²⁵. Otros no lo soportaron y se volvieron a Gales, buscaron mejores destinos como Australia o Canadá -hacia donde se produjo un importante movimiento en 1902-, eligieron otros lugares de la Argentina como Choele Choel, Coronel Suárez y Pájaro Blanco en Santa Fe; pero fue en Chubut, en la Patagonia, donde mejor quedó la impronta de aquel proyecto iniciado en 1865.

Hoy las capillas en algunos casos se han ido vaciando y convertido en testigos mudos de otra época, pero en otras se sigue cantando y adorando al Dios que les dio la fuerza a sus ancestros. La lengua galesa dio paso al castellano, pero niños, jóvenes y adultos -no siempre descendientes de galeses- estudian el idioma galés, mientras profesores galeses dan clases en Chubut y estudiantes viajan a Gales a perfeccionarse. Los *eisteddfodau* se celebran como antes en el valle del Chubut, en la cordillera y también

²⁵ Monolito erigido en el Parque Histórico de Punta Cuevas en Puerto Madryn.

en Puerto Madryn, en tanto que el *Gorsedd* se diversifica y fortalece. Pueblos de Gales se hermanan con otros de la Patagonia, como Nefyn con Puerto Madryn.

Su particular experiencia nos invita a pensar en un espacio especial construido socialmente en la Patagonia misma, con los aportes de estos europeos y de los indígenas patagónicos; un espacio que fuera desestructurado desde el centro y que todavía pugna por reconfigurarse económica y socialmente a partir de sus múltiples vertientes: vascos, italianos, españoles, argentinos de otras regiones llegados a fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX, como así también de chilenos, bolivianos y uruguayos, todos los que, en la convivencia de la diversidad, le fueron otorgando una particular identidad a la región.